

cod 22

20 copias

Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los años sesenta*

Lucas Rubinich**

“...están dadas las condiciones para que la democracia de minorías del reciente pasado se transforme en una democracia en que realmente todos participen: mas si no logramos este avance decisivo, correremos el riesgo de caer en tiranías mucho peores que las formas oligárquicas del pasado.”

Gino Germani, 1964

“...frente al problema general de la sociología, quisiera decir que en primer lugar yo no me defino como sociólogo, sino como socialista revolucionario... La respuesta es simple y lógica: o la sociología sirve como instrumento capaz de apoyar cambios de tipo político, o no me interesa como profesión”.

J.C. Portantiero, 1971

“Aquí, en la Argentina, todo intento de universalizar abstractamente la ciencia se convierte en una teoría de apoyo a la dominación imperial. La verdadera alternativa para un sociólogo consiste en producir científicamente desde nuestra propia realidad como país, y desde dentro del movimiento popular, que aquí no es otro que el peronismo.”

Roberto Carri, 1969

I. Primeras notas

La politización extrema de la sociología en Argentina, delineadora de un perfil prestigioso de intelectual portador de sentidos trascendentes, que en la Universidad de Buenos Aires (UBA) encuentra su realización institucional en el año y medio que comprende 1973 y la primera mitad de 1974, es el punto más álgido de un proceso que va a comenzar a poco de fundada la carrera. Este proceso no es ni exclusivo de la sociología, ni tampoco de la sociología argentina. Un clima similar rondaba en diferentes disciplinas y mundos culturales. Desde el momento de su refundación en 1957, la sociología no parecía –por lo menos en la práctica de Gino Germani, quien era su figura más relevante– adoptar la forma de una mera propuesta tecnocrática o un academicismo restringido. Explicar la persistencia cultural del peronismo (aunque reafirmando para ello la necesaria autonomía del mundo científico) era una cuestión que colocaba a la naciente disciplina más allá de los límites del mundo académico, en una escena cultural que, a la par que se radicalizaba políticamente, generaba lazos (por esa identidad) con otras zonas de la

sociedad y encontraba un público más amplio dispuesto a escuchar explicaciones de lo social que aportaran significados al sentimiento de estar experimentando un proceso de cambios. Tanto el impulso modernizador antiperonista de quién liderará la institucionalización de la sociología, como el decidido espíritu de transformación de las generaciones inmediatamente posteriores, ubican a estos agentes bastante lejos del perfil del académico tradicional y los acercan a lo que la tradición occidental del último siglo conoce como intelectuales.

Es verdad que se daban condiciones políticas y culturales para que los mundos académicos, aún los más mesurados, de distintas regiones, vieran surgir estos agentes que reconvirtiendo su prestigio académico encontraban espacios para desarrollar su vocación de intervención pública. Prestigiosos académicos, científicos y artistas se encontrarían predicando ante auditorios más diversificados que los que podían encontrar en sus ámbitos habituales de trabajo. En los centros culturales mundiales la radicalización política va a ir de la mano, más que de los actores tradicionalmente soñados como sujetos de cambio, de estudiantes e intelectuales. Va a ser la universidad, más o tanto como la fábrica, el espacio privilegiado del clima de cambio de los años sesentas.

La sociedad argentina había logrado en los primeros años posteriores a la caída del peronismo ser la expresión de lo que algunos economistas llamaban el desarrollo intermedio. Las grandes ciudades albergaban a una clase media extendida y en muchos casos recién llegada que comenzaba a acomodarse en ese lugar en un momento histórico privilegiado: el de la realización periférica de la sociedad de consumo. Si bien no se dio en la dimensión de los centros mundiales, la posibilidad de enteros sectores de la población accediendo a los nuevos productos de confort para el hogar fue un elemento socialmente significativo. Además, las características ligadas a la valoración positiva de la educación por parte de esos sectores, permitiendo un desarrollo hasta el momento inusitado de la industria cultural, van a resultar en la transformación (modernización) y creación de una serie de instituciones. No es difícil sostener que en el campo de la cultura hay, por lo menos, tres instituciones emblemáticas de este proceso de modernización: la editorial universitaria de la UBA (Eudeba), el Instituto Di Tella y, sin duda, la carrera de Sociología de la UBA. Este proceso, traía consigo, a la par que una fuerte incorporación de jóvenes de sectores medios y aún medios bajos a instituciones y zonas de la cultura que se abrían cada vez más a estas heterogéneas franjas valorizadoras de ese contacto como parte de la realización de la trayectoria de ascenso social, también, una forma particular de esa incorporación, marcada por un contexto ideológico que no estigmatizaba su desventaja cultural y que en algunas zonas culturales se evaluaba positivamente. En este marco es que se desarrollan algunas formas contraculturales similares a las de los centros mundiales que en su expresión política pudieron ser más fácilmente absorbidas en esos centros. La radicalización política, el surgimiento de nuevas izquierdas que, fundamentalmente y más allá de las variaciones, trataban de otro modo la cuestión nacional y en algunos casos el tema religioso, iban a manifestarse en distintos sectores de la sociedad: en el campo artístico, en zonas significativas del mundo sindical, en la iglesia católica (que en este caso interesa particularmente), y no podía dejar de hacerlo en este espacio privilegiado de la modernización cultural que fue la carrera de Sociología.

La característica que adquiere el proceso de radicalización en la sociología en Argentina va a estar efectivamente marcado por la politización de la década. Por supuesto esta politización si bien es parte de un proceso mundial va a tener sus particularidades nacionales. Si la sobrevivencia del peronismo afectaba a las relaciones del conjunto del campo político, en la naciente sociología se va a convertir en un objeto central de discusión y de divisiones de grupos y estilos de trabajo y hasta (para perspectivas nada marginales) en una especie de espacio epistemológico privilegiado. La disciplina moderna adquiriría una particular importancia en la interpretación de este fenómeno. Y en esta tarea no dialogaba sólo con los pares, sino que encontraba un público más amplio ligado al mundo de la cultura politizada de sectores medios de las grandes ciudades.

En lo que hace a su mundo más específico, es necesario remarcar que esta politización toma, en las zonas más radicales que tenían relevancia en el conjunto de esa comunidad, una forma particular que afecta casi el estatus mismo de la disciplina. Por cuestiones relativas a la debilidad institucional, y al peso de tradiciones culturales más amplias como el ensayo y la literatura, la sociología –por la fuerza del clima político de época y por la manera en que lo absorbieron algunos grupos– se convierte en un terreno de lucha político-cultural. Es un espacio en donde se dirimen visiones del pasado histórico nacional, un lugar en el que se resignifica una genealogía de referentes culturales y, por supuesto, un mundo que se transforma a sí mismo reorganizando elementos importantes y los límites recién trazados de la disciplina. La fuerza con la que se realiza la casi abolición de una zona de la tradición científica y se incorporan nuevos referentes de otras zonas culturales, recuerda menos a los cambios (aún a los radicales) dentro de un ámbito académico, que a las rupturas de las vanguardias estéticas. No es un simple cambio dentro del mundo académico, no es una revolución científica, porque no hay una refutación que hable una misma lengua que las columnas principales sobre las que se asienta una tradición determinada que se rechaza. Hay sí un cuestionamiento a una manera de conocer (el cientificismo), pero asentada, más que en una refutación en donde se descalifica la otra posición aceptando reglas del juego comunes, en una descalificación radical que parece proponer el trazado de un nuevo tablero.

En la sociología en Argentina, en el espacio de la UBA, se puede sostener que hay tres momentos durante un período que podría denominarse la década del sesenta que va desde la creación de la carrera en 1957, hasta la primera mitad del año 1974. El primer momento es el de la afirmación institucional y de los primeros conflictos entre los viejos y los nuevos. El segundo es el de la extrema radicalización de una franja de los nuevos y el tercero es la realización institucional de la politización en la Universidad montonera 1973-74. En cada uno de estos momentos los referentes más significativos, además de sus relaciones a veces conflictivas con el específico ámbito universitario, también eran parte de una red más amplia, que incluía a la universidad, pero también, de acuerdo a los momentos, al grupo cultural parauniversitario antiperonista, los espacios culturales del Partido Comunista, la revista con identidad de nueva izquierda, o alguno de los diversos grupos político culturales, expresiones de un área politizada del campo cultural. Tanto Gino Germani, como Juan Carlos Portantiero y Roberto Carri, son producto y productores de una relación con esas zonas politizadas del campo cultural que en cada caso implicarán vinculaciones (diferentes; más o menos mediadas, pero siempre relevantes culturalmente) con el campo político. La pertenencia, simbólicamente significativa, a tradiciones culturales, distintas, pero que trascienden la actividad académica, la confianza en las herramientas académico-culturales como elemento favorecedor de transformaciones sociales, la consecuente vocación de intervención pública, convierten a estos referentes de la sociología argentina en intelectuales clásicos.

II. Las primeras disputas: Germani y sus discípulos

A partir de la creación del Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en 1957 cobra realidad institucional un proceso que se estaba dando en distintos lugares de América Latina: la irrupción de una sociología moderna que se moldeaba en relación al estructural-funcionalismo y al desarrollo de técnicas de investigación que tenían un papel relevante en el mundo académico norteamericano. Frente al pensamiento social predominante en América Latina, cuya principal forma de expresión era el ensayo, surgía esta nueva disciplina que se proponía lograr un conocimiento

objetivo de la realidad social, que para ello recurría a la investigación empírica, que rescataba lo que llamaba neutralidad valorativa e insistía en la separación entre ciencia e ideología. Esto en el marco de un clima ideológico en el cual el llamado desarrollismo promovido por los centros políticos desplegaba todas sus herramientas para detectar los elementos tradicionales que impedían a los países subdesarrollados superar etapas. Los organismos regionales que se crean en América Latina con el objeto de adaptar la región a los tiempos (CEPAL, FLACSO, CLACSO) se van a convertir en promotores de discusiones y formadores de científicos y del mismo modo van a surgir en este estilo carreras de grado en distintos países de América Latina como Colombia, Venezuela y Argentina.

En Argentina, luego de la creación de la carrera de Sociología en la UBA en 1957, surgen dos carreras de grado más: la de la Universidad Católica Argentina, en 1959 y la de la Universidad del Salvador, en 1963. Y a medida que avanzan los años sesenta se van creando carreras de sociología modernas en el interior del país.¹

En estos primeros años de la carrera de Sociología se pueden observar dos movimientos: el primero, impulsado por el propio Germani, tendiente a afianzar una manera de concebir la sociología. Este afianzamiento supone una disputa contra zonas del campo cultural que se ocupaban del análisis de lo social desde otras perspectivas, más especulativas y literarias. Pero a la vez, también desde el propio espacio de la nueva disciplina comienzan a surgir cuestionamientos a ese estilo de hacer sociología. Este es el segundo movimiento.

El movimiento de Germani tendiente a clausurar las formas ensayísticas del análisis de lo social es fundacional y se realiza con contundencia. El otro movimiento, que tiene voces en el propio campo académico norteamericano, cobrará paulatinamente importancia en los nuevos. Los discípulos que Germani había formado y muchos de los cuales habían estudiado en el exterior volvían con nuevas maneras de pensar la sociología.

Desde el individualismo metodológico y desde perspectivas que revalorizaban el conflicto, el estructural-funcionalismo era cuestionado en el propio mundo académico americano. Por otro lado, en los distintos centros intelectuales mundiales, se producía una revalorización académica del marxismo. No son demasiados los años en los que una versión del estructural-funcionalismo va a poder desenvolverse con la tranquilidad de ser *la* sociología en la Argentina. Apenas un lustro después comenzarán los cuestionamientos.

La carrera de Sociología de la UBA de la mano de Germani ha creado un Instituto de Investigaciones y se conforman equipos que comienzan a desarrollar algunas líneas de investigación.² Los modelos de investigación, así como la docencia estaban orientados por el modelo dual de sociedad tradicional-sociedad moderna. En el caso de la investigación, las preguntas orientadoras corresponden a caracterizaciones que ubicarán al país en distintos momentos del camino al desarrollo. Cuál es el diagnóstico y cuáles son los obstáculos que impiden el avance de los elementos modernos de cada sociedad. En el caso de la docencia los autores que van a conformar los programas centrales de las materias sociológicas pueden verse en las compilaciones realizadas por Eudeba en el período. Además del propio Germani, los autores centrales serán Parsons, Robert Merton, Bendix, Lipset, Homans, Newcomb. Los clásicos estaban presentes sobre todo a través de Durkheim y Weber. El primero en cuanto a su trabajo estadístico y el segundo en función de los tipos ideales.

Las críticas de protagonistas del período que se dirigen al “cientificismo”, pero con las armas de otras perspectivas epistemológicas legitimadas, no son muchas. Son los primeros nuevos, como E. Verón, quienes de hecho comenzarán a incorporar nuevas corrientes en la práctica docente. Una década después su evaluación apunta a remarcar la debilidad con que la escuela que inauguraba la nueva sociología argentina era presentada en ese momento. “Los estudiantes conocieron sobre todo el estructural-funcionalismo a través de la trivialización de un Kingsley Davis, y su contacto con el pensamiento antropológico no se hizo a través de la riqueza abigarrada de un Malinowsky, sino más bien por la divulgación apagada y reiterativa de un Ralph Linton (Verón, 1974).

Hay un texto de Germani en donde se percibe la potencialidad del movimiento cuestionador de los nuevos a partir de operaciones similares que se están produciendo en un centro de la nueva sociología como es el mundo académico americano (Rubinich, 1994). A la vez que insiste en su movimiento fundacional se propone posibilitar la lectura de debates que se realizan en comunidades académicas ya afianzadas. En 1962 Germani escribe el prólogo a *La imaginación sociológica*, de C. Wright Mills (W. Mills, 1985). Como se sabe la crítica agresiva de Wright Mills se dirige a lo que el denominó “gran teoría”, “empirismo abstracto” y “ethos burocrático”. Allí caían estrepitosamente teorías y métodos que se habían constituido en las columnas maestras sobre las que se apoyaba el surgimiento de la sociología científica en Argentina. ¿Cuál es entonces la operación que realiza Germani ante la presencia de este debate que, por lo menos, podría obstaculizar su proyecto de afirmación de un nuevo espacio en el campo académico argentino? En principio introduce el debate en este espacio, desplegando a la vez un estilo de lucha complejo para definirlo.

Prologar la versión castellana del libro es de por sí una posición que anuncia algo de ese estilo. En ese prólogo realiza un análisis de la situación de la sociología a nivel mundial y observa los distintos grados de desarrollo de la disciplina, atendiendo sobre todo a las comparaciones entre América latina y Estados Unidos. La primera frase del prólogo declara contundente: “la traducción de un libro implica algo más que un mero problema lingüístico. Se trata de introducir en cierta cultura el producto de otra, alejada o próxima de la primera pero, en todo caso, distinta” (Germani, 1985). Aquí surgen los problemas de “comunicabilidad” de las ciencias y entonces advierte que la sociología se “halla... en una fase de comunicabilidad... menor de la que existe, por ejemplo, en la economía...”, aunque reconoce la emergencia de una “sociología ‘mundial’ en oposición a las Sociologías ‘nacionales’”. En verdad, la principal dificultad es la de explicar cuáles fueron las condiciones de surgimiento del texto de W. Mills, ya que se debería comprender eso para poder diferenciar dos contextos de producción diferentes, dos campos académicos, con desarrollos históricos distintos en cuanto a su relación con la sociología mundial. “El examen que realiza Mills”, dice Germani, “no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América Latina: en este sentido la ‘traducción’ requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario y a la vez evaluar su significado con relación al contexto intelectual y científico propio de la cultura en que se trata de introducirlo” (Germani, 1985).

Es verdad que en su lucha por esclarecer los límites de la nueva disciplina Germani combate el “ensayismo”, pero también es cierto que los ecos de esas luchas llegan a través de sus adversarios y también de sus seguidores, simplificado hasta la caricatura. En este mismo texto, insistiendo con las comparaciones entre América Latina y los Estados Unidos abordaba el tema: “El ‘ensayismo’, el culto de la palabra, la

falta de rigor son los rasgos más comunes en la producción sociológica del continente. Lejos del ‘perfeccionismo’ y el ‘formalismo metodológico’ yanquis escasea o falta la noción misma de método científico aplicado al estudio de la realidad social” (Germani, 1985). Para Germani esta necesidad de marcar límites no excluye la posibilidad de pensar productivamente la incorporación de tradiciones que criticaba, en tanto competidoras de la sociología, pero que no podía dejar de tener en cuenta. No se presenta a la naciente sociología simplemente como una disciplina que se hace cargo de los desarrollos en Estados Unidos y se constituye sobre un vacío local.

Para entender algunos gestos flexibles de Germani frente a otras formas de abordar la realidad social, que están más cercanas a (o son partes de) las disciplinas humanísticas, es necesario pensar las condiciones de conquista de la autonomía de este campo específico. En los momentos previos al surgimiento de la sociología científica, su iniciador formaba parte de una fracción del campo intelectual que podríamos denominar de intelectuales liberales progresistas prsoscriptos por el peronismo. Las interrelaciones que se dan en ese espacio es entre actores tales como escritores, ensayistas, historiadores, filósofos. La cercanía con ese ambiente ligado a las humanísticas (pero iluminista y sensible a la aparición de discursos científicos), lo confirma, luego del peronismo, la creación de la carrera en la Facultad de Filosofía y Letras.

En este contexto la de Germani no es una lucha ciega que desconoce al contendiente. Se parece más a una doble tarea: de diferenciación, frente a algunas tradiciones que hasta ese momento daban cuenta de la realidad social (más contundente en la medida que inauguraba una disciplina en contra de esas tradiciones ya instaladas) y de incorporación (menos declarativa) de aspectos de las mismas. Aunque hay momentos, como en este prólogo, en donde la necesidad de la incorporación se hace explícita. Luego de las críticas al ensayismo Germani advierte: “Mas a la vez no debemos olvidar aquellos elementos de la tradición intelectual latinoamericana que sin duda nos colocan en una posición más favorable que la existente en el país del norte: así no cabe duda que el ‘pensamiento social’ de América Latina presenta más de un hermoso ejemplo de lo que Mills llama análisis social clásico. La influencia profunda del historicismo, y algunas de las características mismas de la cultura predisponen casi ‘naturalmente’ a la ubicación de los problemas dentro del contexto mayor de la estructura social percibida históricamente, procedimiento que Mills recomienda con tanto énfasis” (Germani, 1985; Rubinich, 1994).

El libro de Wrights Mills que introducía Germani va a pasar a conformar un conjunto de elementos que resultarán en el clima de desprestigio del estructural-funcionalismo y de un estilo de hacer sociología. Por supuesto no era el único y probablemente tampoco el más relevante y además ese clima no había adquirido, todavía en 1962, la forma que le daría fuerza cultural. En este momento, las críticas no van a girar exclusivamente en torno a la descalificación “cientificismo”, sino que se cuestionará una manera de hacer sociología presentada como exclusiva. Las repercusiones más duras en este momento quizá deban encontrarse en los alumnos de las nuevas generaciones y no tanto en los discípulos más cercanos. En la carrera de Sociología se realiza una huelga contra la cátedra de metodología a cargo de la profesora Regina Gibaja, una de las docentes del grupo cercano a Germani. El slogan que levantan los alumnos y que los lleva a la protesta es: “Contra el empirismo abstracto”. No obstante, hay elementos para suponer que no es un indicador del estilo de discusión de ese momento.³

Pero, independientemente del esfuerzo de adaptación a otro campo de Germani, los cuestionamientos surgen desde distintos ámbitos, también desde aquellos que pueblan sus discípulos más aventajados. Miguel Murmis y Eliseo Verón, luego de la experiencia del posgrado en el exterior retomarán sus cargos en la cátedra Sociología Sistemática dirigida por Germani y comenzarán a introducir autores marxistas, la antropología estructural y la teoría de la comunicación, a la par de autores como Goffman, Garfinkel y Becker, que fueron la rebelión académica anti-Parsons. La experiencia norteamericana de Murmis y la francesa de Verón van a producir una serie de cambios que resultarán en el piso sobre el que se asentarán las futuras críticas a la versión germaniana de la sociología. La punta modernizadora de una institución como la UBA que renacía y acumulaba prestigio, no podía estar ajena a la dinámica cultural, que hacía de la incorporación de lo nuevo una práctica constante. La sociología, como las vanguardias del Di Tella, debía estar al tanto de los movimientos de los centros mundiales. Como llegaba el Hapening de Nueva York, también debía ingresar Levi-Strauss, que sacudía los ambientes de las ciencias sociales en las universidades europeas y del mundo. En este contexto de las ciencias sociales donde lo anterior no era todavía tradición, lo nuevo ingresaba reprocessado localmente con el espíritu de las vanguardias estéticas, rompiendo y rechazando lo existente.

En 1964 Germani abandona su lugar en la UBA y en este contexto los discípulos mencionados quedan a cargo de Sociología Sistemática y se convierten en referentes importantes dentro del campo de la sociología. Probablemente este retiro afectaba a la nueva carrera, porque perdía un docente y un investigador que había introducido el perfil moderno de la sociología. Pero además y fundamentalmente, perdía un organizador cultural. Alguien que había podido armar y conseguir financiación para un Instituto de Investigación, que generaba encuentros y convenios con referentes prestigiosos del campo académico internacional, principalmente de universidades norteamericanas.

De hecho los discípulos mencionados se convierten en los referentes más importantes para los alumnos de la principal institución formadora de sociólogos en Argentina. En muchos aspectos maestro y discípulos se parecían. Probablemente en ninguno más que en su relación práctica con el peronismo. Tanto Murmis, como Verón tienen la experiencia de la Universidad peronista previa al '55 y una formación en la que intervienen intelectuales del campo de la filosofía por ejemplo, que conformaban los círculos antiperonistas. La experiencia del autoritarismo y el clima intelectual de la época van a dejar marcas en su manera de relacionarse con las distintas formas de populismo. Si bien Verón escribe tempranamente en la revista *Contorno*, que sería un espacio de revisión de la idea clásica de los intelectuales acerca del peronismo, lo hace con un artículo en el que critica el nacionalismo, la antropología "profunda" de Victor Masuh. También su estilo de relación con el mundo académico, el acatamiento de las normas institucionales, la actitud profesoral, la idea de una carrera académica, no serían demasiado distintas en ese momento. Quizá la diferencia hay que buscarla en la vocación no sólo académica, sino también de organizador cultural que poseía Germani y que no fue heredada por los discípulos. Estas diferencias probablemente serán significativas a la hora de encontrarse con un clima cada vez más cuestionador ya no del cientificismo, sino de la práctica misma de la sociología.

Este estilo de disputas dentro de un ámbito académico no es demasiado extraño. Los nuevos presionando por ocupar un lugar y para ello cuestionando ciertos aspectos de la visión que sostienen los que ocupan el lugar asentado, los que definen políticas de investigación e influyen sobre el armado de la currícula de formación. Cuando existe

una institucionalidad fuerte estas disputas se resuelven sin afectar demasiado el desenvolvimiento de la institución. En este caso los cuestionamientos que pasaban por la ignorancia de la currícula de corrientes como el nuevo marxismo, el estructuralismo y las nuevas corrientes de la sociología americana, podían ser simplemente el movimiento que posicionara de otra manera a los nuevos. La situación institucional joven, con poco más de un lustro de antigüedad, y el clima juvenilista descalificador hacían difícil la inclusión de todos los actores. Es así como los nuevos comienzan a desenvolverse en un espacio libre, en un momento en que la radicalización política en el ámbito universitario se agudizaba y adquiría formas insólitas hasta el momento.

III. Un ámbito sin padres en un clima de cambios

La intervención de la Universidad en 1966 va a tener características particulares en la carrera de Sociología. En principio no se produce una fuga inmediata de profesores. Referentes importantes de ese período como Eliseo Verón, Miguel Murmis, Silvia Sigal y Mora y Araujo van a tomar la decisión de continuar dentro de la UBA, aunque luego de un cuatrimestre no les serán renovados los contratos.⁴

No obstante van a quedar en la facultad grupos de alumnos aventajados que a la par que continúan con su proceso de politización encuentran la posibilidad de desempeñarse como auxiliares docentes. Por supuesto, en los primeros momentos de la intervención van a existir pocos docentes con formación en sociología. La gran mayoría serán abogados o profesores de historia o filosofía con poca vinculación con el mundo moderno de la sociología académica que se ha replegado a otros espacios.⁵ Algunos de esos profesores provienen de militancia cristiana, como Gonzalo Cárdenas, quien provenía de la Democracia Cristiana y Justino O'Farrel, que era sacerdote con formación de posgrado en sociología.⁶ Muchos de estos docentes van a ser afectados directa o indirectamente por un importante proceso de cambio que se estaba produciendo dentro de sectores del catolicismo en Argentina, que a la vez recibía la influencia de un cada vez más radicalizado mundo cristiano en América Latina. Cambios que suponían un creciente compromiso con los sectores más desprotegidos a la luz de las Conferencias de Puebla y Medellín, y además la relación con expresiones intelectuales de la izquierda como el marxismo, hasta la adopción de metodologías violentas para producir cambios. El sacerdote sociólogo Camilo Torres, muerto mientras luchaba como miembro de la guerrilla colombiana, será uno de los muchos símbolos, pero no el más débil, para los cristianos que hacían su recorrido por el radicalizado clima de época.

El fenómeno de radicalización de amplias franjas de estudiantes e intelectuales de sectores medios provenientes (en muchos de los casos del ámbito de la Facultad de Filosofía y Letras) de la izquierda, que luego también en algunas de sus franjas se peronizaría, va a permitir entender el clima que producía la carrera de sociología de la UBA. El campo cultural en los primeros años de creación de la carrera de Sociología todavía sostiene marcas fuertes de la relación con la política, previa al '55. Una estructura de campo que albergaba un "frente racionalista", lo que la izquierda clásica llamaba la alianza antiperonista con "el humanismo burgués". En ese panorama el referente intelectual más relevante como pensador de lo social podía ser Ezequiel Martínez Estrada, circulando sin demasiadas tensiones por la revista *Sur* y *Cuadernos de Cultura* del PCA. Los cambios de la izquierda en los centro culturales mundiales y las consecuentes transformaciones del marxismo a través de la reinención de genealogías, relaciones con otras corrientes, sumado a hechos como la Revolución

Cubana y los nacientes movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo, van a producir reacomodamientos significativos de este campo cultural. El prestigio del marxismo aggiornato relacionándose cada vez más con la sociología en las universidades, va a posibilitar el ingreso exitoso de zonas (ahora resignificadas) del campo cultural que Germani intentó mantener fuera de los límites de la sociología científica. Uno de los jóvenes intelectuales (ya en este momento parte del clima de lo que luego se denominaría la nueva izquierda) del Partido Comunista que bajo el amparo de Héctor P. Agosti había recuperado a Gramsci hacia fines de los años cincuenta –Juan Carlos Portantiero– era parte de ese grupo de docentes que estaban en la segunda línea luego del '66. El prestigio de Portantiero, que se reconvertía en el ámbito de la carrera de Sociología era el logrado en espacios del campo cultural politizado de fines de los cincuenta y principios de los sesentas. Las credenciales son artículos centrales sobre cuestiones culturales, sociales y políticas en el prestigioso *Cuadernos de Cultura* de fines de los años cincuenta y un libro en 1961 (“Realismo y realidad en la narrativa Argentina”) en el que se intenta debatir con un “falso marxismo economista” valiéndose de herramientas proporcionadas por un autor marxista que sería una marca de la cultura de época en general y también en la sociología: Antonio Gramsci. Apenas transcurridos un par de años, Portantiero se transformaría en uno de los nuevos referentes de la sociología argentina, proporcionándole a la izquierda cultural una identidad revolucionaria del peronismo.

Sin embargo esta actualización, que recupera tradiciones intelectuales legitimadas en el marco más amplio del campo cultural y que continuarán pesando en esa comunidad, no agota el dinamismo de este espacio académico que es cada vez más un espacio cultural. Hay hechos coincidentes a dos niveles para que en la carrera de Sociología de la UBA se produzca un fenómeno singular que proporcionará identidad a una franja de los nuevos y afectará al conjunto de la comunidad sociológica: el de las llamadas cátedras nacionales.⁷ A un nivel general, para que este fenómeno tenga una expresión institucional legítima, concurren una serie de hechos como la compleja relación del gobierno de Onganía con el peronismo y con sectores del catolicismo que va a resultar en profesores cristianos en proceso de peronización, permisivos y alentadores de esta franja de intelectuales que se preocupaban por “entender al pueblo”. Por otro lado, el proceso de radicalización juvenil va a asumir entre otras posibles formas, la de comprensión y reconocimiento del peronismo como un movimiento de cambio con distintos significados de acuerdo al punto de vista, pero en todos estaba presente la aceptación de su potencial transformador. En el caso de la sociología, este proceso no es ajeno a un movimiento intelectual mayor que reacomoda las piezas en el tablero de la cultura nacional.

A medida que avanza la década del sesenta, la visión que de la historia habían construido ciertos sectores del nacionalismo es apropiada y resignificada en parte, por franjas de jóvenes de izquierda que se peronizaban. Los caudillos federales, e incluso Rosas, armaban este árbol genealógico que culminaba en el movimiento de liberación nacional, junto a Irigoyen y Perón. La reescritura de la historia y también el análisis social se realiza de la mano de referentes que hasta los primeros sesentas ocupaban un lugar relativamente marginal (sin lugar a dudas comparado con el que tuvieron luego) en el mundo de la cultura y aún en el peronismo: Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche y, sobre todo, Juan José Hernández Arregui. Estas influencias van a ser fuertes en términos político-culturales. Reivindicación de ciertos aspectos del marxismo aggiornato, recuperación del pensamiento cristiano revolucionario (y sobre todo el aspecto de esta tradición resignificada que supone una unión entre pensamiento y práctica),

nacionalismo tercermundista y antiimperialista. Más que a Jean Paul Sartre, que indudablemente pesó en sectores de la nueva izquierda autóctona, estos sectores que proponían el socialismo nacional, encontraban referentes en el análisis de la guerra chino-japonesa de Mao Tsé Tung y en las experiencias de liberación nacional de pueblos del Asia y África, sobre todo de la visión de la revolución argelina presentada por aquel que Sartre había santificado a los ojos de los occidentales de izquierda: Franz Fanon

Los grupos sostenedores de esta perspectiva no ocluían en sus momentos de mayor fuerza la presencia de otras miradas que seguían teniendo su peso simbólico. Las llamadas cátedras marxistas siguen funcionando en esta segunda mitad de los sesenta y, por supuesto, visiones profesionalistas ocupan cátedras de materias específicas de la carrera. Sin embargo, más allá de las antipatías del mundo académico (Verón las llama anticientificismo de derecha) y de la diferenciación constante que producían las cátedras marxistas (con las cuales parecían compartir un mismo terreno de lucha político-cultural) y aunque seguramente no fueran la expresión del conjunto de la nueva generación, tenían una fuerte presencia cultural en ese espacio. Además, esa presencia significativa en la carrera de Sociología de la UBA (que por su carácter de institución modernizadora era un foco de irradiación cultural) también puede entenderse como el reprocesamiento de un clima general que se convertía en el sentido común de gran parte de la militancia juvenil ligada a este nuevo peronismo que seducía a las capas medias universitarias. En un momento en que algunas zonas de la institución universitaria adquirirían un perfil cada vez más asambleístico, la relación con los pares podía adquirir menor importancia para el reconocimiento que la aprobación de las masas de alumnos. En este sentido, la significatividad que adquieren las cátedras nacionales hay que buscarla en la relación que estas establecen con una zona de la cultura (el nacionalismo cultural agigantado) que a la vez contribuyen a recolocar. Esta relación los legitima, en tanto formaba parte de un clima mediante el cual jóvenes de sectores medios (también franjas importantes de estudiantes de sociología) comenzaban a relacionarse con la política.

Este marco cultural es el que proporciona el espacio para que las cátedras nacionales se desenvuelvan más que como una nueva perspectiva académica dentro de la sociología, como un grupo cultural que actúa casi a la manera de las vanguardias artísticas. Ya no es sólo la aceptación de ciertos aspectos del peronismo que el mundo de la cultura y la cultura de los sectores medios rechazaban. La pelea cultural de las nuevas generaciones de las capas medias adquiere en la carrera de sociología una forma más radical. Una forma que rechaza las reglas del juego académico y que transforma a estos grupos en una especie de vanguardias culturales. Estos jóvenes de sectores medios habían escandalizado a sus padres (literalmente) en su opción por el peronismo, ahora escandalizaban al mundo académico proponiendo el ingreso a ese mundo de ensayistas del nacionalismo cultural transformados en baluarte de la sociología nacional. En una polémica con Delich, que la *Revista Latinoamericana de Sociología* se vio obligada a recoger –esto más allá del rechazo supone el reconocimiento de los otros como interlocutores, aunque se los descalifique–, Roberto Carri va a reivindicar, con un estilo más propio de las disputas literarias o artísticas que del académico, lo que llama “sociología del estaño”, citando a Arturo Jauretche:

“El verdadero científico, el ensayista político, el político, realizan, crean individualmente esa conciencia social, esa práctica social, y con los pies bien afirmados en la realidad que analizan, y

donde actúan, realizan su explicación. Este es el método del 'estaño' que tanta gracia le causa a Delich..." (Carri, 1969)

Más aún, la relación con el peronismo, no suponía solamente una relación cultural y política. En el extremo propuesto por estos grupos, no es sólo la reivindicación de un ensayismo nacionalista como un estilo reivindicable de hacer sociología (lo que ya supone una ruptura con el mundo académico), sino que además la construcción de una sociología nacional precisaba del peronismo concreto como un espacio necesario de producción de conocimiento. Gonzalo Cárdenas en 1969 mencionaba las condiciones para la creación de una sociología nacional:

La construcción de una sociología nacional es posible, como así también la elaboración de las herramientas conceptuales necesarias para las tareas de investigación y procesamiento teórico, pero siempre y cuando que el sociólogo realice sus tareas al servicio del Movimiento Nacional de Masas... el Peronismo leal a Perón..." (Cárdenas, 1969).

Quizás el texto que expresa con mayor claridad esta perspectiva, en una franja de la sociología argentina, es un libro que primero fue la tesis de la carrera de Filosofía de la UBA dirigida por el sociólogo y sacerdote católico Justino O'Farrel, escrito por Norberto Wilner. El libro titulado *Ser social y Tercer Mundo* es una condensación de los tópicos que van a ser recurrentes y aparecerán bajo distintas formas en la perspectiva de las cátedras nacionales. El anticientificismo en este caso adquiere una forma más radical. No es la crítica académica a la intención estructural-funcionalista de construir una ciencia avalorativa realizada desde visiones aggiornadas de las ciencias sociales. La identificación de grandes corrientes ideológicas como sostenedoras del cientificismo como el marxismo y el liberalismo hace de esta lucha una lucha política y del encubrimiento producido por este cientificismo, algo más que una forma de producción de conocimiento en la academia. La pelea fundamental se organiza en torno al debate con el concepto ser social utilizado por Marx para reubicar en la discusión la idea de ser nacional:

"Volcar la realidad de los pueblos avasallados en el molde de la revolución que exige el desarrollo de la previa identidad es hacer del enemigo imperialista un aliado, y del aliado un enemigo. La política que Engels propugnaba ante México avasallado ilustra este asunto.

"Si el cambio revolucionario es 'necesario'. La 'ciencia' absorbe a la política" (Wilner, 1969).

La discusión entonces supone la reivindicación de un ser nacional, por encima de un ser social, que estaría encubriendo e imposibilitando resoluciones políticas. Wilner sostiene que para culminar el devenir concreto del universal abstracto que Marx denuncia en la ideología burguesa (no sólo en la economía política sino también en el fetichismo de la mercancía) sería necesario llegar al ser nacional, forma concreta que adquiriría el ser social. La oposición entre lo satisfactorio de una revolución social y lo demagógico de una revolución nacional se va a convertir en el elemento que organizará la lucha política, pero que además permitirá la descalificación en términos de producción de conocimiento. La reivindicación del ser nacional no es extraña a la historia de Occidente y tampoco en este caso este rescate adquiere una identidad novedosa. Sin embargo, en términos retóricos, este nacionalismo se plantea como la

opción superadora de las grandes tradiciones ideológicas occidentales. Quizás el análisis del texto de Wilner no permite descubrir elementos sofisticados. Pero el ejercicio más fácil es el de la descalificación apelando a los contenidos. Si se piensa este texto como producto social de un mundo académico particular en un momento en que ese espacio está impregnado de los debates culturales más amplios, el fenómeno adquiere otro significado.

Tanto en la carrera de Sociología de la UBA, como en los espacios de los centros de investigación mencionados en la nota 5, continúan existiendo sociólogos que desempeñan funciones más profesionales. Sin embargo el centro de la actividad intelectual pasaba por las discusiones del estilo que propone el libro de Wilner, con diferencias de acuerdo a las perspectivas, pero sin dudas en cuanto al carácter político-intelectual del debate. Se podría decir que tenían mayor productividad cultural en general e influencia particular en el mundo de las Ciencias Sociales, revistas del espacio político cultural como *Antropología del Tercer Mundo*, *Cristianismo y Revolución* o *Pasado y Presente*, que la académica *Revista Latinoamericana de Sociología*.

Del mismo modo que las vanguardias estéticas del Di Tella, las vanguardias culturales populistas de sociología son rupturistas y escandalizadoras del propio campo. Tanto Marta Minujin, como Norberto Wilner producen reacciones ante la irrupción de algo que se evalúa a sí mismo como nuevo e irradian el optimismo y desparpajo de los movimientos culturales juvenilistas. Mientras que el trabajo de Murmis y Portantiero sobre los orígenes del peronismo (que va a ser el material de la época más significativo de la relación sociología y política) se produce rompiendo visiones anteriores, pero en una disputa más acotada al mundo académico (aunque con motivaciones y repercusiones que lo trascienden), el libro de Wilner y muchos de los folletos de las cátedras nacionales arrojan todas las fichas del juego, pero también el tablero. La propuesta es bien radical, culturalmente hablando, y aunque exista una lógica de la demostración (el de Wilner es el esfuerzo más visible en tanto se trata de una tesis universitaria) basta con generar ese producto que vale más que por sus condiciones intrínsecas, por la vitalidad cultural que le proporciona ser parte de un movimiento más amplio. Es una especie de demonización del otro que detentaba la posición hegemónica en el mundo de la cultura (y que en la sociología se expresaba a través del “cientificismo” con sus dos rostros: el liberal y el marxista) a través de la pura y simple fuerza del movimiento cultural.

A la par de la radicalización cultural se van produciendo hechos sociales y políticos que extreman, también en este campo, el grado de politización. Y la politización parece transformarse en una implicación que rebasa el mundo de la cultura. Se va convirtiendo en un camino en donde las condiciones políticas podrán retardar, pero no frenar, la marcha de muchos de estos intelectuales a la acción. La vanguardia intelectual podía transformarse en vanguardia política. La bifurcación de caminos se producirá por la caracterización de lo que se denominaba el movimiento de liberación nacional. Efectivamente, la vuelta del líder depuesto en el año '55 convertía a la discusión político-intelectual en una discusión decididamente política. El camino de algunos que comenzaron como marxistas y se convirtieron en “*narodnikis* nativos adherentes a un caudillo”, como Wilner y gran parte de las llamadas cátedras nacionales, conformaron un movimiento cultural imaginativo en tanto Perón era una esperanza. Cuando Perón se convierte en actor real, el movimiento cultural imaginativo, se transforma en un grupo de intelectuales peronistas seguidores prudentes de su líder. Pueden ser buenos analistas y mejores políticos, pero esa no es la cuestión abordada aquí. Otros sectores en la sociología, por ejemplo algunos de la tradición marxista,

conservaban una visión especulativa que no renegaba de la política, pero tampoco del espacio particular desde donde en ella se participaba. La negación del sociólogo convertido en político tenía el componente revolucionario en las afirmaciones de Carri del epígrafe. Claro que eso suponía un peronismo, al que Perón hecho realidad, no favorecerá.

IV. La sociología en la política

En agosto de 1968 en la Convención Anual de la ASA (Asociación sociológica de los Estados Unidos) el sociólogo Martin Nikolaus se dirigía a los presentes luego de una exposición del secretario de Salud, Educación y Bienestar. Aclaraba que sus observaciones críticas no estaban dirigidas a este funcionario, en tanto había aceptado voluntariamente ser miembro de la institución gubernamental que estaba librando una guerra imperialista contra el pueblo vietnamita. Consideraba a este funcionario el jefe militar en el frente interno de esa lucha y por lo tanto desestimaba toda posibilidad de diálogo entre otras cosas porque el diálogo entre súbditos y gobernantes es un diálogo, entre “gallinas y elefantes”. Su preocupación apuntaba a los miembros sociólogos de esta asociación que no se hayan “vendido y comprometido a punto de hallarse fuera de su propio control para iniciar cambios o enmendar errores” (Cortés, 1970). Y en otra parte de su exposición realizaba una definición del sociólogo americano que no apuntaba a la crítica de su obra y a un estilo de trabajo a la manera de Wright Mills, sino directamente a su papel social. “El sociólogo laureado, el de alto estatus, el de abultado contrato... el que publica un libro por año... no es ni más ni menos que un sirviente doméstico en la institución corporativa, un blanco Tío Tom intelectual no sólo para su propio gobierno y clase gobernante, sino para cualquiera de los existentes” (Cortés, 1970).

Este llamado panfletario a la concientización de los sociólogos no es un folleto surgido de la imaginación de un grupo radical que recorre las aulas de la carrera de Sociología de la UBA. Es una exposición en la Convención de la Asociación Sociológica de los Estados Unidos. Los movimientos estudiantiles y sociales del final de la década (radicalizados no sólo en el Tercer Mundo), los replanteos ideológicos y teóricos que revalorizaban estos hechos poco compatibles al modelo de la izquierda tradicional, permitían creer a algunos intelectuales que estaba llegando la hora de dejar de comprender al mundo y comenzar a cambiarlo.

Es en este contexto que debe entenderse la transformación cultural en los alumnos de la carrera y en muchos sociólogos del período que implicaba, por ejemplo la incorporación de bibliografía heterodoxa para las tradiciones académicas. Jauretche y sobre todo Hernández Arregui, aparecían junto a Gunder Frank y Puigrós en algunas materias y seguramente eran parte de la discusión en los espacios de sociabilidad informal producidos por la facultad. Independientemente de que en muchos casos no se abandonara la lectura de ciertos clásicos y fundamentalmente la generación más nueva de los que habrían de adherir al peronismo montonero y las cátedras marxistas, incorporasen nuevos autores franceses como Althusser y Poulantzas, podían encontrarse junto a ellos a los menos académicos Mao Tsé Tung y Franz Fanon.

La revista *Panorama* en 1971, con motivo de la invitación a un debate sobre las posibilidades de la sociología, había realizado una encuesta formal a alumnos de la carrera. El periodista relata con asombro la actitud de la mayoría de los entrevistados que dicen desconocer sus posibilidades profesionales y que buscan en la sociología elementos para realizar algún tipo de política con perspectiva revolucionaria, de cambio

de estructuras, de cambio social (*Panorama*, 1971). Cuando se les solicitó que nombraran sociólogos que habían influido en su elección, los nombres que aparecieron fueron Marx, Lenin, Perón, Abelardo Ramos, Guevara, Jauretche. Por supuesto el interrogante que el periodista va a trasladar a la mesa de debate es el de la relación sociología-política. En el epígrafe la revista elabora ya una respuesta. Dice sin ambigüedades en su segundo párrafo: “Pocos dudan –incluidas las autoridades– que la sociología es una carrera con perfil subversivo”.

Los participantes en el debate propuesto por la revista responden ante el desconcierto periodístico acerca de las posibilidades ocupacionales de esta carrera y su particular relación con la política. De los seis participantes, salvo Pedro David, especialista en sociología del derecho y Fernando Cuebillas, en ese momento director del Instituto de Investigaciones de la UBA, la mayoría propuso una relación fuerte con un estilo de hacer política y la posibilidad de realización de cambios revolucionarios. Los dos primeros tampoco pudieron evitar el tema de la implicación con la política y hacer referencia al clima de cambios que se respiraba. Pero, sin embargo, fueron los cuatro sociólogos restantes, con su preocupación por evitar cualquier rasgo que no estuviera indicando una identidad radicalizada, los que le dieron el tono al debate (es este perfil el que convierte al debate en una expresión de época). El joven profesor Ricardo Sidicaro saludaba la relación de profunda implicación con la política por parte de los jóvenes y celebraba las dificultades de restricción del mercado laboral para los sociólogos:

“Hoy muchos ex militantes políticos son directores de marketing, burócratas de los ministerios o investigadores a sueldo de las fundaciones. Creo que es una suerte que nuestros estudiantes actuales, preocupados por la política, no puedan acceder a esos roles. Porque la cuota de cargos posiblemente ya esté cubierta y porque las circunstancias generales que vivimos hacen cada vez más difícil ser burócrata de ministerio o ayudar a vender jabones...”

La frustración de los estudiantes no pasaba por su relación más o menos exitosa con un mercado de trabajo profesional. Las instituciones debían replantear sus funciones y sus miembros tenían que contribuir decididamente para lograr esos cambios. En este sentido, la carrera de Sociología, por sobre la intervención del gobierno militar, parecía estar dando respuestas impregnadas por una dinámica cultural que expresaba sin duda a los nuevos tiempos.

“...hay que procurar que esos jóvenes no se frustren. Por eso debemos hacer todo lo posible para que la Facultad de Filosofía y Letras y la carrera de Sociología no vuelvan a ser lo que alguna vez fueron: formadoras de disociados que terminan trabajando para empresas o institutos financiados por el exterior.”

Las afirmaciones de Portantiero en esta nota son parte del epígrafe de este trabajo y expresan el acuerdo general sobre el papel profesional. José Nun es el que rodeará con más argumentos la necesidad de evitar una politización simple, de reconocer las mediaciones del mundo académico y de las tradiciones científicas (básicamente del materialismo histórico) para no producir un “populismo seudocientífico” que de últimas no proporciona las “herramientas teórico-conceptuales acerca de la realidad que se quiere transformar”. No obstante, en el marco de un proceso de transformación, reconocía la existencia de limitaciones formales en las instituciones

académicas y exponía su necesidad de abolirlas. El ejemplo concreto hace referencia a los requisitos de ingreso a programas de posgrado:

“Mi propuesta fue que este requisito se obviase con alguna prueba de suficiencia, porque hay una enorme multitud de individuos genuinamente interesados en la realidad latinoamericana que no han podido completar una carrera, y que son tal vez más importantes para la revolución que los graduados universitarios.”

Santos Colabella emprenderá una discusión puntual con Nun en torno al proyecto Marginalidad que derivará en el hecho que le dio título al artículo de la revista.⁸ De todas maneras, más allá de los aspectos anecdóticos de este debate, lo más significativo es la naturalidad con la que se vierte el discurso antisistema, en este caso y en otros. Desde los que lo pronuncian con la tranquilidad de marchar por el camino correcto, como Portantiero y Sidicaro, hasta los que como Nun (particularmente cuestionado por ser uno de los referentes del proyecto Marginalidad) deben esforzarse por reconvertir su marxismo académico en un elemento más cercano a la política. Sin embargo este debate es todavía un indicador de una relación con la política que todavía tiene algo de retórica, aunque en él estén planteados los tópicos que se realizarán en el '73. Es precisamente la relación con la política lo que seguirá reorganizando posiciones dentro del mundo de la sociología, pero esta vez en torno a un compromiso real con un proyecto que aparecía como posible y, en los casos más radicales, convirtiendo el papel del sociólogo decididamente en el de un intelectual revolucionario que asume distintas actividades de acuerdo a las circunstancias que se produzcan en el proceso de cambio.

Hay algunos hechos políticos que van a resultar decisivos en el paso de algunos grupos de la sociología local desde posiciones de rebeldía cultural politizada, al sombrío campo de la política real de la época. Luego del 11 de marzo de 1973 y, sobre todo, inmediatamente después de la asunción de Cámpora el 25 de mayo del mismo año, hasta ocurrida la “llamada Masacre de Ezeiza”, el 20 de junio, el probablemente ingenuo optimismo arrollador de las aulas universitarias se trasladaba a amplios sectores de la población. Es la masacre de Ezeiza y aún más, el moderado discurso del líder a poco de tocar tierra, el que reacomoda las piezas de la política a nivel general. También produce modificaciones en el pequeño mundo de la radicalizada sociología.

Las elecciones de 1973 habían dado el gobierno a Cámpora y en ese contexto los sectores ligados a la “tendencia revolucionaria del peronismo” ocuparon lugares significativos en distintas áreas de gobierno. La Universidad, dirigida por Rodolfo Puigrós, se convierte en un espacio privilegiado para estos sectores. La carrera de Sociología produce con este movimiento institucional una operación de cambio generacional. Los más jóvenes del peronismo de izquierda que no tenían prácticamente relación con las cátedras nacionales ocupan cargos destacados en las partes administrativa y académica de la carrera.⁹ En el breve y conflictivo año y medio de esa administración no se producen cambios significativos en la currícula. Lo que se presiente es una implicación más real y probablemente más trágica con la política. No es simplemente la elaboración de una especulación entorno a la dependencia o a la revolución nacional. Las generaciones más jóvenes que participan de esa administración son más actores (quieránlo o no) de una lucha política dentro del peronismo que irá adquiriendo formas militares dramáticas. Ya no son, en esta franja, vanguardias culturales que proclaman una implicación en la política. O bien ocupan el lugar de subordinados al líder y por lo tanto pierden su productividad cultural y política en ese

contexto, o devienen en sector más o menos secundario (de acuerdo a su ubicación en los distintos frentes de acción posibles) de una vanguardia político-militar.

Los sociólogos más cercanos al proyecto de la izquierda peronista actúan en función de esta identidad en un momento cada vez menos retórico. La política real comenzaría a ingresar a las aulas de la universidad bajo las formas más violentas. A la par, algunos de ellos, harían de esa implicación un directo alejamiento de la universidad. No obstante, unos y otros hacían del diagnóstico político de un momento complejo, un elemento imprescindible para la práctica. Si había una sociología era la sociología política y quizá todavía más acotadamente, una sociología de la transición revolucionaria, pero reelaborada en la rapidez de la relación con la política. Las preguntas apuntan al papel de las organizaciones de vanguardia y su relación con el pueblo y sus organizaciones; al de esta con el sistema de partidos y los actores económicos y militares, en una transición hacia la revolución.

Es quizá Roberto Carri, en un libro publicado a fines de 1973, quien mejor expresa esta posición. Allí se recogen artículos publicados en la revista *Antropología del Tercer Mundo* y otros producidos exclusivamente para el libro. En ambos casos se observan las características mencionadas. No son, ni quieren serlo, trabajos académicos. Pero ahora, tampoco son los productos de la vanguardia populista cultural de las ciencias sociales, se han convertido decididamente en herramientas intelectuales de la política. En el primer artículo, escrito a fines del '73 ("El imperialismo y el gobierno popular") se intenta realizar una caracterización de la coyuntura en función de un proyecto político que es el de las organizaciones armadas peronistas (específicamente de Montoneros). Allí se analiza el camporismo, con el realismo que agrega la masacre de Ezeiza. "El gobierno popular garantiza de entrada una extensión de la democracia y el debilitamiento de la guerra contrarrevolucionaria, que deberá ejecutarse al margen de las estructuras formales del poder" (Carri, 1973, pág. 63). Sin embargo las circunstancias planteaban cuestiones que no determinaban caminos irremediables. Se habían acabado las simples loas al espontaneísmo popular, el momento requería la transformación de ese espíritu romántico en racionalidad política. "El problema de la hegemonía en el peronismo", sostenía Carri luego de una extensa cita de Gramsci, "no es enfrentar a la espontaneidad con un criterio organizacionista abstracto, sino lograr la unión del espontaneísmo revolucionario con las organizaciones de vanguardia..." Más adelante, describía el escenario posible y proponía el elemento organizativo básico para desenvolverse en él:

"La etapa resistente del peronismo, que sirvió para llegar a un gobierno popular después de dieciocho años de lucha constante, caracterizada por la espontánea movilización de las masas y la existencia de gérmenes de organización revolucionaria, debe ahora transformarse en una etapa de ofensiva hacia el poder que implica 'disciplinar' este movimiento y encuadrarlo masivamente en la guerra popular. La experiencia histórica de las masas peronistas, en especial de la clase obrera, se transforma en conciencia estratégica de la necesidad del poder, con su encuadramiento colectivo en la forma orgánica necesaria necesaria para enfrentar las tareas de la etapa: la milicia popular" (Carri, 1973, pág. 45).

Lo que se describe aquí no es necesariamente la expresión real del conjunto de lo que podía definirse como la comunidad de las ciencias sociales en la Argentina del período. De ninguna manera. Seguían existiendo posiciones profesionalistas, académicas y aún politizadas que no participaban de este proyecto. Sin embargo la inminencia de profundización de un proyecto revolucionario (aunque a fines del año '74 se dudara cada vez más de su fácil concreción) parecía tener credibilidad para los que

no participaban directamente de él e inclusive no lo compartían. En este contexto es que pueden entenderse adhesiones desde algunos espacios más tradicionalmente académicos como el Instituto Di Tella y también desde grupos culturales ligados a las ciencias sociales identificados con posiciones marxistas que no habían sido afectados fuertemente por la peronización de la izquierda. El clima de relación directa con la práctica política penetraba de manera fuerte en el conjunto de lo que podría denominarse el espacio progresista de las ciencias sociales, que por otro lado era el de mayor peso y relevancia, convirtiendo a los sociólogos con más significación cultural en intelectuales implicados políticamente. Es por esto que, en este corto período, los elementos que indican la centralidad cultural deben buscarse en el lugar simbólicamente prestigioso que de hecho esa comunidad otorgaba a la cercanía con un proyecto revolucionario decidido a la acción, independientemente de la forma política que éste adquiriese.

Bibliografía

a) Bibliografía general

ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz, “La Argentina del Centenario: Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en Altamirano y Sarlo, *Ensayos argentinos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean Claude, *Mitosociología*, Barcelona, Fontanella, 1975.

———, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1967.

———, *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios, 1983.

———, *Homo academicus*, París, Minuit, 1984.

———, “¿Los intelectuales están fuera del juego?”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.

———, “Sociólogos de la creencia y creencia de los sociólogos”, en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1988.

BRUNNER, José, Joaquín, *¿Pueden los intelectuales sentir pasión o tener interés en la democracia?*, Santiago, FLACSO, 1986.

———, y BARRIOS, Alicia, *Inquisición, mercado y filantropía. Ciencias sociales y autoritarismo en Argentina Brasil, Chile y Uruguay*, Santiago, FLACSO, 1987.

COSER, Lewis, A., “Los intelectuales académicos”, en *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

———, “Las fundaciones como guardianes de la vida intelectual contemporánea”, en *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968.

MICELI, Sergio, *Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-1945)*, Río de Janeiro, Difel, 1979.

b) Bibliografía sobre sociología argentina

BALÁN, Jorge, “La práctica sociológica en el mundo contemporáneo”, en *Punto de Vista*, nº 16, Buenos Aires, 1982.

DELICH, Fransisco, *Crítica y autocrítica de la razón extraviada. 25 años de sociología*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1977.

GONZÁLEZ, Inés y VACHIERI, Ariana, *Los centros académicos privados en Argentina*, Mimeo, Buenos Aires, 1984.

GERMANI, Gino, "Prólogo", en Wright Mills, Charles, *La imaginación sociológica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

KRATOCHWIL, Germán, Capítulo "Sociología", De *El estado de las ciencias sociales en la Argentina*, Documento de Trabajo n° 67, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales, Instituto Torcuato Di Tella, 1969.

MARSAL, Juan, *La sociología argentina*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1967.

PORTANTIERO, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. 1918-1938. El proceso de la reforma universitaria*, México, Siglo XXI, 1978.

RUBINICH, Lucas, "Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones en la Sociología", *Entrepasados*, n° 6, Buenos Aires, 1994.

SIDICARO, Ricardo, *La accidentada trayectoria de la sociología en Argentina*, Mimeo, Buenos Aires, 1995.

SIGAL, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

TENTI FANFANI, Emilio, "A modo de alegato en favor de las ciencias sociales", en *Boletín de la carrera de Sociología*, Buenos Aires, UBA, 1992.

TERÁN, Oscar, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

c) Fuentes

CARRI, Roberto, *Poder imperialista y liberación nacional*, Buenos Aires, Efece ediciones, 1973.

———, "Un sociólogo de medio pelo", *Revista Latinoamericana de Sociología* n° 4, Buenos Aires, 1968.

CÁRDENAS, Gonzalo Horacio, *De una sociología colonial a una sociología nacional*, Buenos Aires, sin mención de editorial, 1969.

CORTÉS, Rosalía (comp.), *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.

MAYOL, Habegger y Armada, *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1970.

VERÓN, Eliseo, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento. 25 años de sociología en la argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.

WILNER, Norberto, *Ser social y Tercer Mundo*, Buenos Aires, Galerna, 1969.

Revistas

Antropología del Tercer Mundo

Revista Latinoamericana de Sociología

Envido

Panorama, mayo 1971

Confirmado, septiembre 1969

El Ojo Mocho n° 4, verano 1991

Entrevistas

Alcira Argumedo

Juan Carlos Portantiero

Ricardo Sidicaro

Juan Villarreal

Programas de la carrera de Sociología 1958-1974

Notas:

* Este artículo se ocupa específicamente de la Carrera de Sociología de la UBA y es resultado del trabajo en el Proyecto UBACYT “La sociología argentina en los últimos veinte años” asentado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA. El proyecto fue dirigido por Lucas Rubini y participó como investigador Diego Raus. Como asistentes de investigación se desempeñaron: Mariana Gómez, Carolina Livingston, Lorena Edelstein y Verónica Di Fransesco.

** Sociólogo. Docente e investigador. Director de la Carrera de Sociología de la UBA.

1 A medida que avanzaba la década crecerían las instituciones que ofertaban la carrera y la cantidad de alumnos. En 1969 “...alrededor de cuatro mil estudiantes (aproximadamente el 1,6% del total de estudiantes universitarios) sigue la carrera de sociología en nueve lugares; tres universidades agrupan aproximadamente al 90% del alumnado. El resto concurre a las instituciones que iniciaron sus actividades luego de 1966”.

A estos lugares de grado se les debe agregar el posgrado de “las escuelas de sociología de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba” (Kratochwil, 1969).

2 Según Verón (Verón, 1974) en este período hay tres tipos predominantes de investigación: a) las descriptivas destinadas a reunir datos primarios sobre estructura social a nivel macrosociológico (estratificación, movilidad, procesos de urbanización, etcétera); b) descriptivas centradas en aspectos particulares de la estructura social. En su mayoría corresponden a recursos para el desarrollo: estructura de la educación primaria, secundaria y universitaria; c) por último estudios sobre actitudes y opiniones de sectores significativos de la estratificación social.

3 No hubo manera de encontrar la fecha exacta de realización de esta huelga, aunque los entrevistados coinciden en señalar que es anterior a la intervención de 1966. Presumiblemente sea en 1964 ó 1965. La mayoría de los entrevistados que en la época fueron alumnos o docentes mencionan esta huelga. Más allá de los aspectos pintorescos y del reconocimiento entre los estudiantes huelguistas de un sociólogo que actualmente es un experto en encuestas de opinión, este hecho parece ser singular en el período. La institución, hasta ese momento parecía funcionar con un estilo tradicional de cualquier universidad, en el cual, entre otras cosas, las jerarquías institucionales tenían un reconocimiento. Y por otro lado no provenía de un mero acatamiento a las reglas. Luego de la caída del peronismo la UBA se había prestigiado ante la sociedad y lograba un reconocimiento del conjunto del campo de la cultura. En la Facultad de Filosofía y Letras que albergaba a la Carrera de Sociología podían estar Gregorio Klimovsky y el rector José Luis Romero y otro grupo de intelectuales prestigiosos que volvían a la UBA luego del '55. En este clima no había cuestionamientos, por ejemplo, al estilo de examen tradicional que a fines de los sesenta sería modalidad corriente. Por el contrario Eliseo Verón en la entrevista realizada describe los exámenes de Sociología Sistemática que tomaban él y Miguel Murmis, como experiencias de hasta dos horas de duración, con niveles de exigencia muy altos.

4 Kratochwil describe la situación posterior a la intervención y las repercusiones que ésta generó en el resto del mundo académico: “De veintiocho profesores del Departamento de Sociología de Filosofía y Letras (UBA), quedan cuatro en marzo de 1967. El Instituto de Sociología, en el que había quince proyectos de investigación en marcha, cerró sus puertas por casi un año...” (p. 62). “...En la Universidad Católica Argentina (UCA) una declaración que rechazó la violencia desatada en la Universidad Nacional condujo a una crisis entre el rectorado y el departamento de sociología. Su director, José E. Miguens, y treinta y tres docentes y auxiliares renunciaron hasta marzo de 1967, quedando cinco personas” (...) “También se interrumpieron las actividades de los sociólogos en el Instituto de Sociología de la Universidad del Litoral y Tucumán...” (Kratochwil, 1969).

5 La siguiente es una lista de Centros de Investigación relevados en el año 1969: (CICSO) Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales, funciona a partir de 1967; CICSO, sección Córdoba; CIMS (Centro de Investigaciones Motivacionales y Sociales, trabajaba para la federación agraria y arquitectos); CIS (Centro de investigaciones sociales del Instituto Torcuato DiTella, funcionaba desde 1963); Departamento de sociología de la Fundación Bariloche, funcionó desde 1968; (CEUR) Centro de Estudios Urbanos y Regionales funciona desde 1961 y el equipo se pasó al Di Tella en el '66; CICE (Centro de Investigaciones en Ciencias de la Educación asociado al ITDT, funciona desde 1966); IDES (Instituto de Desarrollo Económico y Social, funciona desde 1960); Centro Argentino del ILARI (Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales); Centro de Estudios Sociales de la DAIA; CIAS (Centro de Investigaciones y Acción Social, fundado por la Compañía de Jesús. Contaba en ese

momento con cuatro departamentos: Educación social, Estudios, Investigación y modelos operacionales y Publicaciones).

6 Hay una serie de hechos recopilados en el libro *Los católicos posconciliares en la Argentina*, de Habbeger, Armada y Mayol que dan cuenta de los procesos que se estaban dando a nivel internacional en la iglesia católica y que contribuirían a conformar un sector cada vez más radicalizado. A modo de ejemplo: a) en 1965 el cura obrero Fransisco Huidobro que es delegado de INDUPAR es despedido y diecisiete sacerdotes se solidarizan con él; b) en agosto de 1966 setenta curas y un obispo rechazan la identificación con el gobierno; en septiembre de 1966 aparece *Cristianismo y Revolución* dirigida por Juan García Elorrio; c) en 1966 muere como miembro de la guerrilla colombiana el sacerdote sociólogo Camilo Torres; d) el concilio vaticano, Juan XXIII; e) Manifiesto Curas del Tercer Mundo 1967, dieciocho obispos. Curas del tercer mundo en Argentina, 1968; f) se realiza la conferencia de Medellín, 1968; g) el obispo Podestá en 1967 se solidariza con los curas obreros

7 Una descripción de las cátedras nacionales, con la parcialidad que le da ser uno de los actores en la disputa cultural del período, pero minuciosa, la proporciona Eliseo Verón en un trabajo publicado en 1974 (Verón, 1974).

8 Sobre el proyecto Marginalidad y las disputas que acarreó en esta zona del campo cultural, puede verse el trabajo de Eliseo Verón (Verón, 1974). Sobre las características y los aportes del trabajo en sí mismo se puede consultar el trabajo de Carlos Belvedere "El inconcluso proyecto Marginalidad", en *Apuntes de Investigación* N° 1, octubre 1997. La revista *Panorama* titula la nota mencionada "La sociología a trompadas" y describe la conclusión del debate entre Collabella y Nun en la que el primero acusa al segundo (por el origen de los fondos que financian el proyecto Marginalidad) de "agente del espionaje sociológico" y este descalifica al primero como "provocadorseudomarxista". En la parte final de la nota el periodista que ya ha transcripto los diálogos se ocupa de narrar los desplazamientos pugilísticos de ambos contendientes.

9 Ricardo Sidicaro, Jorge Jenkins, M. Giménez Zapiola y Ernesto Villanueva (este último designado rector de la UBA poco tiempo después, siendo uno de los rectores más jóvenes de la institución) ocuparán cargos académicos y de dirección en Sociología, convirtiéndose en otro indicador más del rostro juvenil de ese proyecto revolucionario. Proyecto que entre otras cosas replanteaba no sólo la relación campo académico-campo cultural sino que producía una implicación distinta con el campo político.